



* AÑO II *
NUMERO 11

Ateneo de Honduras

Revista mensual, órgano del Centro del mismo nombre

DIRECTOR:

FROYLAN TURCIOS

REDACTORES:

Rómulo E. Durón, Esteban Guardiola,
Salatiel Rosales, Samuel Laines.

DIRECTOR ARTÍSTICO:

Carlos Zúñiga Figueroa.

TIPOGRAFIA NACIONAL
TEGUCIGALPA

BIBLIOTECA UNAH-DEGT



478755

2015-Colección de Hemeroteca

ATENEOS DE HONDURAS

REVISTA MENSUAL, ORGANISMO DEL CENTRO DEL MISMO NOMBRE

DIRECTOR:

FROYLAN TURCIOS

REDACTORES:

ROMULO E. DURON, ESTEBAN GUARDIOLA, SALATIEL ROSALES, SAMUEL LAINES

DIRECTOR ARTISTICO:

CARLOS ZUNIGA FIGUEROA

AÑO II

Tegucigalpa, Honduras, Centro-América, 22 de agosto de 1914

NUM. II

DISCURSO

dicho por Luis Andrés Zúñiga, frente al cadáver de Valentín Durón, en representación de los literatos hondureños y de algunos amigos íntimos del extinto

SEÑORES:

En la inmensa agitación de lo creado hay algo muy triste que es la muerte, algo aún más triste que es la tristeza del vivir, y algo más triste aún que es quedarnos en la orilla mientras envueltos en brumas se alejan, mar adentro, en la fría mar de la muerte, los seres que más amamos, los predilectos de nuestro corazón. La ausencia, por ese viaje sin retorno, de los que quisimos y que nos quisieron, con quienes departimos en plácidas horas de íntima amistad, con quienes viajamos, dichosos y risueños, por el florido país del ideal, deja en nuestro ánimo un sedimento de amargura, deja en nuestra corazón una inmensa orfandad.

Lloremos porque ha muerto Valentín Durón, ciudadano probo, sencillo y puro republicano; entreguemos sus amigos nuestro corazón al

dolor porque ha muerto el amigo nobilísimo, hidalgo y generoso, en cuyo corazón no anidaron las serpientes de la maldad y la perfidia, sino los sentimientos más leales, los afectos más puros, suaves como la luz del alba, blancos como las blancas nieves del Cromla.

Hubo un joven que descolló con brillantez por la felicidad de su ingenio y se dedicó al cultivo de las ciencias. En sus labores estudiantiles adquirió nombradía por su pasmosa memoria y su comprensión admirable. Fué exaltado en los cursos, admirado por sus maestros, mimado por sus compañeros, quienes se congregaban en su derredor para oír la sutil fluidez de su palabra, la pasmosa abundancia de sus frases ingeniosas, pues en sus labios había miel perfumada y suave como la de los panales del Himeto. Obtuvo ruidosamente un título universitario y entró en la vida social co-

mo legionario victorioso, con buen acopio de sabiduría y una inteligencia proficua y florida, que le aseguraban un porvenir inmenso y luminoso. Luchó y venció; obtuvo títulos y condécoraciones; hizo un hogar y fijó el camino que debía seguir en la existencia, como hombre sabio y prudente. Pero este hombre grave, este científico eminente era también un artista; cultivó el arte de la palabra con singular maestría; rimó versos de factura casi perfecta, labró estrofas irisadas, llenas de entusiasmo y de poesía, paganas, anacreónticas, como nacidas de un espíritu juvenil, sano y robusto. Hizo muchos breves poemas de noble corte clásico, en los que reveló la chispeante vivacidad de su numen, la delicada ternura de su sentimiento, la esplendidez inusitada de su fastuosa fantasía. Porque fué un poeta cabal: imaginación y corazón, entusiasmo é ideas, pensamiento y sentimiento; todo esto elaborado salía de su pluma tranquila y ágil en forma de estrofas imperiales, nacidas para brillar en las grandes revistas y los libros, para triunfar en los Juegos Florales, para servir de plácido deleite á un público inteligente, ilustrado y numeroso. Pero él no escribía para labrarse un nombre, él no escribía por la fama, á la que tenía en menosprecio, sino que escribía como Burns, por exigirle así la abundancia espiritual de su prodigiosa naturaleza. Por su desinterés, por su falta de esa pueril vanidad que es patrimonio del vulgo de los hombres, él no ambicionaba glorias póstumas, y escribía sólo por el placer de modelar en frases fragantes y

de consumada belleza las irradiaciones de su prestigioso espíritu.

No participó de nuestra excitabilidad enfermiza, de la agitación morbosa de los escritores de la época; él se conservó sano y tranquilo como un ateniense del siglo de Pericles, contemplando desde la augusta tranquilidad de su retiro nuestras extravagancias, nuestros extravíos poéticos, nuestras locuras románticas, que él reprobaba con la benignidad de un maestro indulgente y cariñoso. El no fué ni decadente ni esteta, ni parnasiano ni diabólico, sino un ecléctico de alma pagana que hubiera sido amigo de Lucano y de Petronio, que hubiera asistido al banquete de Trimalción, comido un plato de lenguas de ruiseñores, bebido dos copas de vino de Rodas ó de Siracusa, y hubiérase despedido de los comensales con una amable broma ó un sutil epigrama. El era pagano por así exigirle su naturaleza ligeramente sensual, culto y elegante: su exterior era un trasunto de su personalidad espiritual. No cultivó las rudas filosofías antiguas que prescribían la abstinencia de los goces de la vida, sino la sencilla filosofía del Poeta Anacreonte: explotar todos los filones de la alegría y apartar de sí todo motivo de dolor; vivir una vida reposada y de estudio; cultivando todas las dulzuras del hogar doméstico, al lado de una mujer adorable, como Bión y Teofania, y huyendo de toda lucha candente que ahuyenta la felicidad y desvanece la suave dulzura del reposo; gozando con la sana alegría de la amistad y el amor, con la dulzura incomparable del culto de la poesía, y dejando

deslizar la vida suave, tranquilamente, como en un sueño de oro, lleno de perspectivas paradisiacas y de visiones celestes.

Ese fué Valentín Durón, erudito y poeta, filántropo y hombre público, y, sobre todas las cosas, un amigo sin rival en cuyo corazón depositamos muchas veces muchas de nuestras intimidades más caras.

Lloremos sus amigos, y entreguemos nuestro corazón á todos los arrebatos del dolor; y no hablemos de heroicos estoicismos y vanas filosofías, porque el corazón no es filósofo, y sólo sabe que en los supremos dolores el mejor consuelo es el llanto.

LUIS ANDRÉS ZÚÑIGA.

29 de agosto de 1907.



PENSANDO EN MEXICO

Un libro de González Obregón

Así anhelaba un libro, para la gaveta íntima ó para cabezal á la hora en que pueda realizar un diálogo con los recuerdos ó la melancolía. Este libro es de don Luis González Obregón, monje relapso que se dejó crecer el bigote y que se ha entregado en cuerpo y alma á los pergaminos de taciturna belleza, que, puestos al sol de la biblioteca, se doran con el reflejo del antaño, ese que se hace precioso en las armaduras extraordinarias y en las sortijas de los arzobispos...

Si la noche está en silencio y las campanas son más cristalinas y el pábilo del velón es dócil á las tijeras hogareñas, hay que leer este libro en cuyos óleos se destacan, con la parquedad de los colores primitivos, ya el portón que envuelve

el crepúsculo, ya el patio donde se ve todavía la arquitectura veneranda que ilustró con su escudo el señor Marqués; ya una de esas esquinas solitarias que, al apagarse los faroles urbanos, muestran el fresco baño de cal que los hermosea; en tanto, en un ángulo de hornacina con azulejos, el dominico mutilado alza la custodia de piedra inverosímil.

A uno de esos bautisterios que tienen altas ventanas hacia el patio que conduce á la sacristía; á una de esas estancias antiguas en que los anaques inválidos hablan de archivos á donde no penetra el sol,—ese divino sol de añoranza que hizo resplandecer los guñapos del arriero y la visión de las recuas que conducían el oro de los minerales;

—á uno de esos recintos que prefieren los murciélagos para sus correrías y los pajaritos para abrigar sus polluelos en cuanto arrecian los chubascos; á cualquiera de esos recodos,—sacristía, bautisterio ó archivo,—se parece, por lo grato de sus episodios y lo confidencial de sus relatos, éste volumen cuyo estilo nos habla del querido Bernal Díaz y de todo lo que atesora el arcón de la leyenda... Pensad, al hojear sus páginas, en que se abre una puerta de cedro, con argollas de cárcel; en que al frente de vosotros está el sillón de cuero donde el confesor se reclinaba después de saborear el pan del refectorio; se reavivan los colores de los tapices flamencos; en la penumbra, sobre el confesionario en que revolotea la tórtola teológica, se diluye la postrimera claridad del día, y, después de apagar las velas del tabernáculo, el sacristán remueve las casullas y los brocados que, á fuerza de incienso en el Corpus y de flores en el mes de María, tienen un milagro de brillo y un perfume de santidad sacerdotal...

González Obregón ha explorado las psiquis más herméticas, ha reuelto los papeles más sellados, ha dado la frescura de su tinta á las letras que se iban destiñendo en el fracaso de una prioral caligrafía... Benemérito señor don Luis, éste de las antiparras á lo Mesonero Romanos y de la pícara erudición á lo Ricardo Palma: hay que leer sus narraciones en medio del ambiente que restaura, para sentirse compeñetrado de la belleza que brota de las ciudades idolatradas por la tradición, y en cuya existencia se

unen, por paradoja, el rosario y la puñalada, el cura y el torero, la beata y el curro, la palma bendita de los temporales y la palma triunfal de aquel domingo...

Todo ese mundo muerto resucita á la llamada del evocador; y es tal embeleso el que nos embarga, que, si al cerrar el libro, pone la vista en el aire, verá la Fantasía cómo se muestra con el prestigio más natural del mundo, cualquiera de esas rústicas ventas que en el pretérito daban hospedaje á oidores y presbíteros, ó á los arrieros que vendían sal y pescado, mientras la dueña quintañona se alborozaba entre el cerdo consentido y la parva de gallinas, que allí no más, bajo el árbol sombroso, iba á sestar ó á beberse el agua del abrevadero rusticano... Y cómo pasa la clarisa, envuelta en un claror de plenilunio, en tanto en el reloj del monasterio dan la once, y allá en la calleja sin transeuntes, la vaca va y viene proyectando su silueta, como para una de esas escenas que sólo se ven en los libros de estampas con laque de niños nos entreteníamos á la luz de los quinqués...

Quizá lo más fiel que aparece en las construcciones que debemos al exquisito conversador y sabio, sean esas casas que describe con amorosa ternura de ciudadano, y en las que hace que, sobre las azoteas, no falte la fuga de gatos quiméricos; ni el nido de la golondrina en el alero que, al venir las garúas, se cubre de flora parasitaria; ni que, á la luz de los candelabros historiados, la señora condesa congreque á sus tertulianos para tomar el chocolate, mientras, arrellanado en el sillón

de raso fresa, el prelado cetrino alza entre sorbo y diálogo la bella mano enojada de amatista . . .

Después de leer los capítulos episdiales; de hacer mi reverencia al virrey que poco hablaba á su barbero, y de prosternarme ante el Santísimo que iba al arrabal lluvioso; después de refrescar mis pensamientos en la estación primaveral de tanta reminiscencia, queda en mi fondo sentimental la humana melancolía de no haber vivido entonces, para codearme con aquellos héroes católicos y sensitivos y haberles visto ondear el penacho en el viento de las desdeñosas aventuras.

En mis oídos vibran las campanas sus últimas vocinglerías matinales, y hay en mis ojos el brillo aquél que animaba los ímpetus de los viajeros que en las proas de las naos enclavaron, por supremo símbolo, la cabeza de halcón de sus nostalgias. Ante la nobiliaria mesa en que juega al tresillo con su Excelencia la más blonda criatura del Virreinato, la araña de rosa y cristal de la Poesía pone el reflejo de sus cien luces contra la hermosura de los espejos legendarios; y la primera inquietud que me asalta, es la de preguntaros, ante la sorpresa de la alucinación: ¿en qué volumen raro, con pasta de marfil y áureas señales; bajo que caserón de puerta de casa condal, habéis encontrado tanta sabiduría encantadora, amigo mío?

Colonia Roma

Villa de las flores y los embajadores. Divina villa de los que tie-

nen dinero y arte, y donde á la noche, en el salón sonoro de piano y florecido de mujeres, la madona luce sus dedos con brillantes ó el abanico de plumas de rosa . .

Aquí en estos palacios, cerca de estos surtidores, que hasta en estío se alborotan, mi juventud ha tenido los momentos más amplios para el Amor y la Poesía. Aquí, al lado de una familia fiel, cerca de unas enredaderas paradisiacas, en un cuarto con ventana hacia el amanecer, he olvidado, por vida mundana y pasión de triunfo, algo de la nostalgia que me enfermó cuando dije adiós á mi país, desde una sobrecubierta . . .

En cuanto llega la tarde salgo á ver el césped suave, las flores que se abren en los parterres de las grandes casas, los niños angélicos que van á patinar sobre el asfalto y á poner sobre el azul del ambiente la ondulación de sus cabelleras doradas. Y así comprendo cómo la Vida bien vale ser vivida sólo por la bocanada de aire que no se respiran éstas en la ciudad y que se gozan en la solitaria dulzura de este rincón de aristocracia, ó por la sonrisa de la niña rosada que, al lado de la niñera, cruza llevando al aire los bucles claros, sobre la inmaculada infancia . . .

Aquí las amapolas son de una elegancia cardenalicia y auténtica, y entre la frescura de los follajes emergen, con la vanidad de su abolengo, las rosas francesas que tanto prefería, cuando iba de recreo, Carlota la Emperatriz. Aquí se halla profusa la azucena que madrigaliza en las lunas de miel y pone blancuras imperiales sobre la negra

melancolía de los millonarios. Aquí se lleva una existencia más alejada del tanto por ciento, el discurso democrático y el arrabal que extiende al sol sus avalorios y mendigos; y cuando las hojas empiezan á reverdecer bajo la caricia abrilena, desfilan procesionalmente, los coches joyantes de la *élite* y se esparce, en las intimidades preferidas, un soplo de satisfacción y de salud que viene de la dicha cotidiana y del amor al vivir. Aquí ¡oh Nietzsche! sólo son dignos de adoración el Oro y la Gloria, el que se gasta y la que es inmortal, el que prende el fulgor en el espíritu y la que riega los laureles sembrados. . . .

Lo mejor es ver pasar los transeuntes desde la ventana que da á la puerta del jardín; y, si el día es domingo, ponerse una violeta en la solapa, salir a la calle *fréica*, para retornar á casa cuando la sopa de tortuga esté humeando entre los cristales del comedor. . . . Así no se piensa en la Muerte, ni el alma se acuerda de los negros días, porque junto al calor de la naturaleza pone su suavidad de seda la comodidad humana: así se puede pensar en el plan para la victoria posterior, en el porvenir, que á fuerza de luz de voluntad, se vuelve transparente, y en el modo de no ser traicionado por la Ilusión, la más buena de las Nueve Musas.

La suerte me ha dado este lugar honorable, este rincón poético en donde se hace música de Chopin, cuando hay auditorio selecto, y alguno de casa, que cumple años, da pretexto para que, en la sala, donde hay un San Jerónimo de gran pinor, el piano de cola diga las ro-

manzas pretéritas, y las amigas me hagan pensar, por lo elegante de sus trajes, en uno de esos claro-oscuros en que el pincel de los mag-nos artistas, ha sorprendido el minuto de más animación en el sa-rao. . . .

Chapultepec

Una bella acción de un poeta, al salir de la cosmópolis dorada y rosada, es venir al Bosque, á la hora en que en el lago se disuelve la dulzura de la tarde y en el restaurante próximo los hombres del buen mundo oponen al calor de la estación la frescura de la cerveza deliciosa. Lo mejor es venir á este retiro presidencial que en verano echa sombra sobre los bancos rústicos, y en septiembre, el mes de los próceres, hace que las guirnaldas se enreden en los mármoles negros y en los mármoles diáfanos. Allá arriba está el Colegio de los cadetes, á donde se va por una gran escalinata ó por el ascensor eléctrico; y flameante, nueva, tricolor, la bandera de esta patria enorme, que asciende á lo más alto, como un espíritu.

Allá arriba las nubes ponen vaivenes de colores; la leyenda es la lobreguez y el resplandor de la gloria en los abismos; y aun parece que entre la noche, movida de rama-jes frondosos y titilante de astros húmedos, se ve venir el grupo de aquellos paladines que se enfrentaron íntegros, como escudos de bronce, á las bayonetas de los yanquis.

En el lago se adormece la claridad del otoño dorado y cerca de la margen de césped cruzan los cisnes fantasmales y blancos sobre el cris-

tal donde derrama el cielo sus azules suntuosos. Una cabañuela, ni más ni menos como la que aparece en "Pablo y Virginia," es la vivienda del barquero que cuida los blancos animales de Júpiter, que recorta la cabellera de los sauces esmeraldinos y con quien hay que entenderse para tener una barca en qué sentar á dos ó tres camaradas, mientras brilla en las olas el esplendor del domingo. En la orilla, la tarde se pone á suspirar. En los senderos con arena y arbustos, ó bajo las glorietas enfloradas, se encuentra el paseante con una pareja más feliz que la primera del Paraíso; y van y vienen, coruscantes de charoles, rumorosos de amigas aristocráticas, los carruajes de llantas de hule y los automóviles que resuelan, como bárbaros entre la civilización, y los que acuden á oír la música del kiosko ó á beberse su *wiskey and soda* y á contemplar los cuellos largos y leves de las más adoradas incógnitas . . .

Después del ambiente de nostalgia, de misterio y de humedad á que trascienden la Calzadas de los Poetas y la de los Filósofos, está el Jardín de Zoología, un bello lote que vale la pena de ser visitado por los que se hallen fastidiados de ver al *homo sapiens*. Tienen melancolía los avestruces que, vistos detrás de sus jaulas de alambre, cuando piensan en las comarcas ecuatoriales por donde corrieron en la infancia, á la sombra de las palmas del oasis, alargan, al paso del visitante, los cuellos implumes, como si de pronto les acariciara una racha del desierto. Un tigre de terciopelo soberbio está acezando en su cárcel ferrada;

se pasea con una encantadora ondulación de mujer y de vez en cuando se relame de gusto cuando algún curioso gordinflón lo atisba á distancia prudente. Junto á las palomas ofrece su tedio exótico la gallina de Australia, y sus vecinas blancas, en el bochorno de la hora, tienen más rojos los picos, por la llama de los deseos. El iris se ha hecho faisán, tal vez el que aparece en los convites de los cardenales con gula ó de las bailarinas que salen después de la danza á morder las fresas del amor detrás de los camarines de que nos habla un poeta. Una media docena de venados se olvida del paraje rústico en que se crió, al verse con la hierba jugosa y el agua necesaria: saltan ante los niños, como pasa en las escenas de los bosques con alcázar real y si se aquietan es para mostrar las narices pecaminosas, donde arde la concupiscencia que trajeron de la montaña rozagante, y los cuernos en que muchas veces se enredaron los bejucos floridos. Los perros de raza, la lechuza fiera, el puerco-espín que eriza sus púas agresivas, y una ave grácil y casta que ha de poner huevos de oro como en las historias legendarias, tienen mi preferente admiración; pero de todas estos cautivos, el águila es como un último abencerraje que, al ver pasar las nubes frente á su prisión, se acuerda de aquellos días en que sus alas imperiales, blasonaban la bandera azul de los cielos.

Así es este Bosque, este asilo de los que salen en busca del aire, la sombra y el estanque; el Bosque á quien los jardineros cuidan el abandono romántico, los sitios umbro-

sos para el soñador y las alfombras de musgo para los meditativos. Así es este recodo de naturaleza conservada y de historia secular; con las fantasmagorías de los tiempos de Netzahualcoyotl, el rey que tuvo una lira labrada en tronco de ahuehuete; y meciendo sus frondas en el éter, cual si en sus rumores crepusculares vibrasen los episodios de la raza morena, aquellos que, al igual de algunas óperas de Wagner, exigen por escenario la selva sonante, y que, como los héroes de Querol, piden el zócalo de la tierra, donde á las lágrimas del cielo se ha mezclado la sangre de las hecatombes.

Aquellos héroes de Iliada ó Terópilas son evocados diariamente al pasar lista en el Colegio Militar; los árboles, abuelos de canas longevas, relatan á los niños y á los hombres cómo fué aquella jornada del 42; hay en el susurro solemne del bosque una insinuación de *peán*, y sobre el castillo coronado de luces en la noche, en los domingos de la patria, destacándose contra lejanías de gloria, la bandera de México ondula en la montaña, tricolor y triunfal.

RAFAEL HELIODORO VALLE.



DESOLACION

¡Cuántas veces, perdido entre la sombra,
mi pensamiento al infinito sube
y quisiera el encaje de una nube
para ofrecerlo á tí cuando te nombra!

¡Cuántas ¡ay! que pensando en el profundo
misterio de las cosas, de repente
mi espíritu se abisma porque siente
todo ei cansancio que fatiga al mundo!

Y surge la tristeza, y un consuelo
buscan mis ojos por el vasto cielo
lleno de intensa pesadumbre y calma.

Y entonces viene hasta los labios míos
lo que Byron dijera en sus hastíos:
¡Qué sola está cuando padece el alma!

ADÁN CANALES.



Edad de oro de la literatura Patria

Vidas Ilustres

IV

RAMON ROSA

Tegucigalpa fué la cuna de Ramón Rosa—*el varón más literato y más sabio de la Epoca*—quien vió la luz el 14 de julio de 1848.

Por ese tiempo la enseñanza que se daba en Honduras era hasta deficiente, y eso fué, sin duda, la causa que indujo á su familia á enviarlo á Guatemala, desde temprana edad. I allá, después de dilatados y profundos estudios, obtuvo el título de Licenciado en Leyes, en la Pontificia Universidad de San Carlos, el año de 1869.

Pero rindió culto al arte y gustaba de remontarse á los principios; y por esa razón á la vez que triunfa

en las ciencias sociales, brilla en la filosofía y las letras.

El Dr. Rosa reunía todas las condiciones del verdadero literato: poderosa imaginación, delicado sentimiento, gusto exquisito y una vasta ilustración. Sabía á fondo el castellano, conocía el latín, el inglés y el francés; su espíritu se había nutrido en la lectura de los clásicos griegos, latinos y españoles. Fué, primero, romántico; clásico, después; y últimamente, su fé literaria era ésta: *fondo en las ideas y corrección y belleza en la forma.*

En Filosofía, fué partidario decidido de la escuela positivista. “La

ciencia positiva—decía—busca los hechos observables, y ésto no entraña un materialismo repugnante: la cuenta positiva es humilde; tiene en escuela la flaqueza de nuestras fuerzas, y sólo aprovecha los medios naturales de observación: lejos de ser impia es profundamente cristiana, porque no obedece á las sugerencias del orgullo. Littré, el sucesor de Augusto Comte, el admirable sabio positivista, no ha negado á Dios, no ha negado lo que está más allá de la experiencia: se ha limitado á decir que sobre lo metafísico nada sabe científicamente, porque carece de medios de observación, porque su razón no puede ir tan lejos. Esta humildad del sabio no es, no puede ser una impiedad. La ciencia positiva no es una ciencia de negaciones; es, en mi sentir, lo que debe ser, una ciencia de afirmaciones. Bajo este concepto, nada niega á la conciencia que se sienta inspirada por la fé, nada á la moral que consagra el deber. La ciencia que proclama, como primordiales deberes del hombre, el deber de instruirse á sí mismo y de instruir á sus semejantes, es á mi juicio, la ciencia más profundamente moral, más profundamente religiosa”.

* * *

Vuelve á Honduras después de haberse distinguido en la patria de Barrundia como periodista, literato, escritor científico y político; en prueba de lo cual basta consignar que de sus *Estudios sobre Instrucción Pública*, el gran Montúfar dijo que estaban escritos con *pluma maestra*; y que al triunfar la revolución en-

cabezada por el General don Miguel García Granados, fué llamado á desempeñar una de las Secretarías de Estado de aquel próspero país.

El 27 de agosto de 1876, el Dr. don Marco Aurelio Soto inaugura su Gobierno en el puerto de Amapala, y nombra Ministro General al Doctor Rosa. Este acontecimiento marca en la historia patria el punto de partida de un nuevo régimen, de una era nueva: era de paz, progreso y libertad.

En efecto, á iniciativa del Doctor Rosa, se decretó la enseñanza laica, la cual se imparte, de acuerdo con los últimos adelantos de la ciencia, hasta en las más apartadas regiones de Honduras; se suprime el fuero eclesiástico, desaparecen los diezmos, se decreta la absoluta libertad de cultos, se establece el matrimonio civil y á aquel hacinamiento de cédulas, leyes, decretos, etc., que constituían la antigua legislación española, le reemplaza un cuerpo metódico de leyes más en armonía con los usos y costumbres del pueblo hondureño.

Su influencia se hace sentir en todos los ramos de aquella Administración bienhechora que cambió la faz de Honduras. La hacienda, el fomento, los elementos de seguridad y defensa, todo se transforma al impulso de aquel hombre extraordinario. Y á la vez que se consagra á la política, empuña el cetro de las letras patrias.

* * *

Puesto el sol del 15 de septiembre de 1842, una * verdadera no-

* Biografía de don José Cecilio del Valle.

che polar extendió sus espesas sombras sobre el área hermosa de Centro-América: los pueblos dormían el largo y pesado sueño que produce el despotismo enervante; despertaban á veces sólo para oír el ruido de sus cadenas, y en medio del aturdimiento, de la abyección y de la miseria, llegaron hasta perder el recuerdo de sus grandes hombres. Así transcurre aquel período medioeval de nuestra historia, hasta que, por fin, llega el momento de redención: Honduras se levanta: un rayo de luz despeja las sombras que cubren las tumbas de nuestros grandes hombres, y en bronce y mármol, se personifica al gran repúblico, General don Francisco Morazán; al sabio don José Cecilio del Valle; al héroe, General don José Trinidad Cabañas; al Doctor don José Trinidad Reyes, sacerdote y poeta; y sobre sus imponentes monumentos, la pluma del Doctor Rosa grabó admirablemente la vida de aquellas glorias de la patria.

Empeñado en salvar del olvido la memoria de nuestros hombres ilustres, escribe las biografías de Mora-

zán, Valle y Reyes. La del primero, por desgracia, está inédita; la de Valle y Reyes son obras acabadas: correctas y elegantemente escritas, prolijas, profundas é imparciales: Valle y Reyes en la familia, en la sociedad, en el Estado. Valle* no sólo fué un gran pensador, un experimentado publicista, un práctico economista, un persuasivo orador, un sabio eminente: fué además, un buen literato. El * Padre Reyes á más de ser el hombre benéfico y el propagador de las luces de su país; fué, al propio tiempo, su poeta nacional. Nos ha dejado himnos patrióticos, poesías amorosas, felicitaciones é invitaciones, cantos elegiacos, villancicos, epigramas y, sobre todo, sus famosas pastorelas. Su verbo conmovió las tribunas centroamericanas.

Y con el literato jurisconsulto y estadista más distinguido de la patria, principia y termina aquel glorioso período de las letras nacionales.

* R. ROSA, biografía de don José Cecilio del Valle.
* R. ROSA, biografía de don José Trinidad Reyes.



LA NOVELA

Esbozo de actualidad

A. E. GUARDIOLA.

No es ya una simple inundación sino un diluvio torrencial, como el que narra la leyenda mosaica, el que nos ha caído de novelas, triviales, cursis, tanto en la forma como en el fondo, porque se han empeñado en proveernos, los libreros del Viejo y Nuevo Mundo, de todas las antiguallas que ya pugnan con el espíritu moderno y de los autores fracasados y escritores baratos, que en su país no se leen, y, á modo de basura, las envían para expenderlas, creyéndonos tan atraídos en literatura y en gusto artístico, como los pobres pieles-rojas ó los súbditos del Negus.

Semejante inundación es tan nociva al arte y al buen gusto, como la langosta en campo cultivado, y por esto, ya es tiempo de que se principie á descuajar la selva obscura é inextricable que se ha formado en el campo de la Novela, para que ésta responda á la misión de cultura social que le está señalada y siga á la par con el progreso y desarrollo psíquico alcanzado por la humanidad.

Por otra parte, la nueva orientación que tiene forzosamente que seguir la literatura, por lo anteriormente dicho, pide mayor realidad en la expresión de la belleza y menos fantasía inverosímil, que cual

la espuma de jabón, se deshace al más ligero soplo del viento y desaparece sin dejar nada que la recuerde y, mucho menos, beneficio alguno que perdure, como una enseñanza nueva ó una idea buena, pero olvidada en el transcurso de los siglos y perdida en el maremágnum de la vida.

La fantasía, que es una tela sutil y valiosísima como el impalpable velillo tejido para aristocrática novia, adquiere una importancia máxima, cuando se emplea como adorno de la virginal belleza con que aparece la Verdad en sus primeros albores; pero nunca como ropaje definitivo y único, porque deja el cuerpo de aquélla lo mismo que el de Venus, cuando surgió de las ondas, expuesto á las intemperies del ambiente y á la mirada irreverente, de los neófitos, de los misterios de su divinidad, que no pueden comprenderlos ni contemplarlos sin deslumbrarse.

Así, bien se comprende que la Novela es algo más que narraciones fantásticas y mal forjadas, y que para llenar su verdadera misión, de enseñanza y popularización de los nuevos adelantos y de las ideas nuevas, tiene que ceñirse más estrictamente á la realidad, al hecho natural, al fenómeno verificado y

no verosímil ó supuesto. O en otros términos: conforme á las exigencias del adelanto humano, tiene que ser más bien una historia ó cuasi-historia, bellamente narrada, con todas las sutilezas psicológicas de las almas artistas; pero no una historia cualquiera sino rara y singularmente hermosa, de las que dejan honda impresión é inolvidables enseñanzas; y, si el autor es avantista y se lanza en las obscuridades de los límites del horizonte humano, tiene que ser profundamente científica y no fantástica como fosfenos visuales ó espejismos del desierto.

Por esto, serán muy pocos los que en lo sucesivo podrán abordar, con éxito, la novela, porque si ésta no responde á la nueva orientación del espíritu moderno, si no nos da nuevas enseñanzas é ideas nuevas, ó aunque viejas, de las enumeradas antes, que se habían perdido en el transcurso de los siglos ó están tan sólo en la parte culminante de la intelectualidad humana, y no en el ambiente social, será repelida por la crítica y mirada con indiferencia por los espíritus selectos.

Y también el ambiente social la rechazará, porque, con el progreso alcanzado, su gusto se ha vuelto más exquisito y no se satisfará ya con lo trivial y adocenado, con el absurdo y con la vulgaridad.

Bajo estos auspicios, hoy por hoy, son muy pocos los autores que han entrado de lleno en la nueva orientación, y en lo sucesivo, también serán pocos y selectos, porque ya no será obra fácil escribir literatura, como erróneamente se ha creído, que con sólo un poco de gramática

y otro de audacia, que es lo que sobra hoy, se lanzan tantos á la palestra, haciéndose autores, algunos de ellos, sin salir todavía aun de las aulas, cuya precocidad literaria, les ocasiona un lamentable desequilibrio mental, y entre otras neurastenias, la terrible grafomanía endémica, que nos ha atiborrado de tanta producción mediocre, empalagosa é inútil en todos sentidos.

En el teatro, que es el hermano de la novela en la enseñanza y vulgarización de las ideas, está sucediendo lo mismo, y los cronistas y estudiantes de este interesante ramo de la cultura humana, quejándose de su decadencia; dicen que la única tabla de salvación que le queda, es seguir la nueva orientación que reclama el progreso, que hemos descrito ya para la novela, y que para esto, el Director, además de ser un eminente maestro en el arte, debe dejar el convencionalismo, y en lugar de dar el principal papel al primer actor, darlo al individuo de su *troupe* que reúna las condiciones geniales y semejantes á la índole del personaje que va á representarse; y lo mismo se pide á los autores, que dejen de escribir para determinado artista, como es moda hoy, porque siendo tan amplios los horizontes del arte, debe expandirse el talento artístico, sin ceñirse á molde alguno.

Y sólo cuando esa selva oscura de grafomanos se descuaje, brillarán en su pura y verdadera luz las estrellas que pueblan los cielos del arte, casi siempre entoldadas y apenas visibles, por causa de las espesas nieblas formadas por tanto humo como arrojan las chimeneas de

las fábricas y de las máquinas del pensamiento moderno.

Yo, como Moisés, el magno sacerdote de Tebas y legislador y fundador de la nación hebrea, sólo pido al destino que me deje ver y contemplar, aunque sea sólo desde la cumbre del Nevo, el hermoso panorama de esa nueva Tierra de Promi-

sión, que es el más ferviente anhelo de los que amamos el Arte y el Progreso, y que, como Anteo, cayendo y volviéndonos á levantar, seguimos adelante en la lucha eterna de los enamorados de la Verdad y de la Luz.

ANGEL DE BARBOSA.



Los últimos Libros y Revistas

José Rodríguez Cerna.—*El Poema de la Antigua.*—*Guatemala.*—*Tipografía de Sánchez y de Guise.*—*1914.*—En estas páginas literarias el príncipe de los estilistas guatemaltecos, traduce las emociones y visiones de su gira por la ciudad santa y silente. Corre por sus prosas un manantial de lirismo tal, que nos basta para ratificar la admiración que rendimos á ese poeta que tiene el amor á las cosas etéreas del mundo y á las ruinas memorables. Con la facilidad con que corre el riachuelo, con que el botón estalla, con que el celaje se dibuja, Rodríguez Cerna hace rodar sobre esas páginas, como por un álveo de oro, el río de piedras preciosas de su estilo. La ciudad antigua, evocada por Turcios en EL VAMPIRO, posee ahora, otras páginas espléndidas, en su álbum. A pesar de que alguien dijo por ahí que el prosista á quien consagramos esta marginal tiene una prosa clorótica que denuncia á un autor

decadente, nosotros hacemos una genuflexión á ese artista que siempre tendrá más codos de talla que la de sus deliciosos detractores.

Anselmo Fletes Bolaños.—*Recuerdos de los Treinta Años.*—*Managua.*—*Tipografía Nacional.*—*1914.*—Nos ha gustado mucho, por el estilo sabroso que lo adorna, este libro de castizas frases y episodios trascendentales para la hisrtoria centroamericana. El señor Fletes Bolaños tiene ingenio para no hacerse fastidioso en sus relatos, al revés de muchos urgadores de pacotilla que creen hacer obra durable con amontonar fechas y nombres de mediocres, y lo que producen, á decir verdad, es un aburrimiento mayor que el que en ciertos casos brinda la vida. Las anécdotas de Guzmán, Carazo, Cárdenas, Jerez y tanto prócer nicaragüense, tienen firme color en este libro que está llamado á no borrarse de la memoria de los patriotas.

Enrique E. Schulz.—*El Porvenir de México y sus relaciones con Estados Unidos.*—(Por la Patria y por la Raza).—*Tipografía Económica.*—*México, D. F.*—Lleno de cordura, puesto que es obra de un geógrafo de nota, es el folleto en que el Profesor Schulz, trata con patriotismo los intereses de México en relación con su historia y la situación borrascosa porque atraviesa aquel amado país. Propone el autor de tal estudio sereno, el afianzamiento de las relaciones internacionales entre su patria y las otras hispano-americanas; los aprestos para una buena defensa militar; la mejora de los ferrocarriles nacionales, y la actitud que, en presencia del porvenir, debe tomar la Escuela mexicana como mentora espiritual y autora de la conciencia patria.—Ideas las del señor Schulz, que deben ser estudiadas por los estadistas y explanadas ante los intelectuales del Continente.

“*Letras.*”—La brillante revista literaria nicaragüense trae en su seno los mejores tesoros de aquella joven falange. Las firmas de Juan Ramón Avilés, José Olivares, Octavio Rivas Ortiz, Ramón Sáenz Morales y Roberto Barrios, preparan el mejor elogio de los que la lean. Hay en el bello país de los lagos,—y de ello nos documenta la revista,—un hermoso movimiento en favor del arte nacional, del paisaje y de las costumbres criollas. Tal antología pulcra y orgullosa merece la venia de los espíritus orgullosos y pulcros.

Flavio Guillén.—*Polvo de Oro.*—*Imprenta “El Sur de México”.*—*Tapachula.*—1913.—A pesar del

nombre infeliz que varios admiradores de Guillén pusieron á las prosas y discursos del raro escritor oaxaqueño (que de seguro no ha de estar conforme con el delito de los coleccionistas) hemos meditado con fervor y cariño literarios, en lo que vale el libro, como resumen de una cultura ecléctica,—pocas veces emulada,—y como labor de estilista de método, que no hace innóviles es-culturas verbales si no que le pone emoción sacudidora. El idioma refulge en estas prosas las concepciones más pujantes mueven las palabras y la arrulladora música que penetra á muchas, invita á no dejar el libro, á pesar de que sea la una de la mañana. “La perolada,” “El homo sapiens,” “Odios heroicos,” “La canción del sapo:” todo esto es vivido, y, por lo tanto, no desaparecerá fácilmente de la memoria de los que junten su alma al movimiento literario de la Hora.

Adrián Recinos.—*Monografía del Departamento de Huehuetenango.*—*Tipografía Sánchez y de Guise.*—*Guatemala.*—1913.—Macizo de datos, como pocos en la bibliografía centroamericana, este libro es blasón de ese joven sabio que en Guatemala tiene tiempo para trabajar en la Subsecretaría de Relaciones y dar cima á empresas edificantes como la de restaurar la historia de comarcas que son filones de misterio antiguo y de belleza natural. Todo Huehuetenango palpita en la monografía: su flora, su tradición, su geografía, su arqueología, su fauna, sus costumbres, etc; á más de la matemática expresión del prosista guatemalteco. Perduren esas páginas, hasta que sea aniquilado el

último vaso de arcilla que dejó la fiera raza en aquella tierra de heroísmo y de poesía; y que al monógrafo austero lleguen nuestras austeras aclamaciones.

Lecturas de Rodó.—*Colección Ariel.*—*San José de Costa Rica.*—1914.—Es una selección de la literatura de Immaestro uruguayo, en cuyo estilo se suman la euritmia de Flaubert y la pasión que Carlyle pone en su verbo. La colección se engrandece cada día con trabajos de tanto mérito como el enunciado; su autor se desvive por darnos lectura selecta, probando así la altitud de su criterio y todos ganamos: Imprenta Alsina, lectores de América y antologista García Monje.

"Nosotros."—Siempre leemos, con singular predilección, la revista re-

dactada por Francisco González Guerrero, en la capital de México; y que es, á no dudar, el mejor magazine literario de aquel país: no por sus prendas tipográficas sino por la lista de colaboradores que tiene y el refinado gusto de su jefe. El número 9, de marzo último, trae una conferencia de Pedro Enriquez Ureña, en gloria de Juan Ruiz de Alarcón, y el conferencista sostiene la tesis de que el gran dramaturgo "representa de modo cabal el espíritu del pueblo mexicano." Vienen también los sonetos "A Rubén Darío" y "El Ave Simurgo", de Juan Ramón Molina. Todo nos satisface y embelesa.

ARGOS.



Noche romántica

La noche en una indigencia de lumbre.
Silencio . . . Ni el charlar de una campana.
Nervioso—entre su oscura mansedumbre—
me acerqué sigiloso á tu ventana.

Mi mano en tu hombro se posó ligera;
y fué una ingenua timidez la tuya;
temblaste cual paloma prisionera
bajo el ala del macho que la arrulla.

Escondí triste en tus piasosas manos
el laberinto de mi crencha bruna;
y así fuimos dos líricos hermanos,
huérfanos de la plata de la luna.

ATENEO DE HONDURAS

329

Ya de tus manos en el fresco nido,
bajo la tinta de la noche ciega,
descansaba mi espíritu rendido
como á la sombra de una estatua griega.

Te conté mi nostalgia, mi sed loca
de azul y de caricias y laureles,
y en el bíblico pozo de tu boca
me llamaste á beber tus sacras mieles.

Supiste cómo soy un peregrino
que se baña en castállicos raudales;
del jugo de sus carnes hace el vino,
el vino con que riega sus liriales.

Lleno de música el labio, te hablaba
de todo lo alado, de todo lo riente,
mientras el cierzo nómade rodaba
por las desolaciones de mi frente.

Mas súbitos dos luceros distantes
surgieron—como un celoso reproche—
á manera de puños fulgurantes
amenazando el rostro de la noche

cómplice. Y hube entonces de dejarte.
Me calcé jubiloso la sandalia:
que en mí sofoca todo instinto el Arte,
y toda sed la linfa de Castalia.

Te dije adiós para seguir soñando . . .
¡Hoy ha abierto mi planta muchas huellas!
Así voy . . . siempre rodando y cantando
bajo soles, bajo lunas y estrellas!

ALFONSO GUILLÉN ZELAYA.



EL HOMBRE Y EL MUNDO

(FRAGMENTOS)

El mundo vuelve á formarse en cada gota de agua. El microscopio no ha podido encontrar seres cuya pequeñez sea causa de imperfección. Ojos, orejas, gusto, olfato, movimiento, resistencia, apetito y órganos de reproducción que lo remiten á la eternidad; todo tiene su sitio en tan pequeños seres. De igual modo nosotros ponemos toda la vida en cada uno de nuestros actos. Y esta es la verdadera doctrina de la omnipresencia; Dios reapareciendo con todos sus atributos en cada musgo y en cada telaraña. El valor del universo se esfuerza en resplandecer por todas partes.

Si el bien está en algún lado, allí está también el mal; si la afinidad se afirma, la repulsión se encuentra; si, finalmente, reina la fuerza, se le opone límite ó determinación.

De este modo el universo vive. Todo es moral. El alma, que para nosotros es un sentimiento, fuera de nosotros es una ley. En nosotros adivinamos su inspiración, y allá fuera, en la historia, reconocemos su fuerza fatal. «Está en el mundo, y el mundo ha sido hecho para ella.» Pero no se le pospone la justicia. Una perfecta equidad mesura todas las partes de la vida.

«La balanza de Dios está siempre cargada.» El mundo se parece á una tabla de multiplicación, ó á una ecuación matemática; dadle las vuel-

tas que queráis y tendrá siempre el mismo sentido. Tomad la cifra que queráis, y se os devolverá siempre su valor exacto. Todo secreto se descubre; todo crimen se castiga; toda virtud se recompensa, y todo mal se repara en silencio, infaliblemente. Lo que llamamos retribución, no es sino la necesidad que fuerza al todo á aparecer allí donde una parte se ha mostrado. Si veis humo, debe haber habido fuego. Si descubris un miembro, una mano, el cuerpo no está lejos.

Cada acto lleva en sí mismo su remuneración, ó, hablando de otra suerte, se cumple en dos tiempos: primero, en la cosa misma, en la naturaleza real; segundo, en la circunstancia ó naturaleza aparente. Los hombres llaman retribución á esta circunstancia. La retribución, el efecto, está en la cosa misma, y es comprendido por el alma. La retribución en tanto que circunstancia, es comprendida por la inteligencia; no puede separarse de la cosa, pero á menudo sus consecuencias se extienden á un largo período de tiempo, y no se hacen distintas sino después de muchos años. Las señales de una injuria pueden tardar algo en manifestarse; pero la siguen, porque la acompañaban. El crimen y el castigo florecen en un mismo tallo. El castigo es fruto inesperado, que madura oculto por

la rosa del placer. No pueden separarse la causa del efecto, los medios del fin, la simiente del fruto, porque el efecto germina en la causa, el fin preexiste á los medios y el fruto duerme en la semilla.

Mientras que el mundo se afirma entero y resiste á ser dividido, nosotros tendemos á ejercitar parcialmente nuestra actividad, á acaparar y á separar. Por ejemplo, la compensación de los sentidos nos lleva á separar los placeres que á ellos se refieren de las necesidades del carácter. El hombre está ocupado siempre en la resolución de este problema, como desligar la dulzura, la fuerza y el aparato sensual, de la dulzura, la profundidad y la belleza morales; es decir, dar á las cosas una base tan menguada, que las hace perder el equilibrio: lograr *un fin*, sin poseer *el otro*. Dice el alma: «Come», y el cuerpo encuentra gusto en los festines. Dice el alma: «El hombre y la mujer son una sola alma y una sola carne», y el cuerpo sólo desearía unir la carne. Dice el alma: «Domina todas las cosas en razón de bien», y el cuerpo quisiera dominarlo todo para sus propios fines.

El alma se esfuerza en vivir y ejercer su acción á través de todo. Quisiera ser ella el hecho único. Todo el resto—poder, placer, ciencia, belleza,—se le dará demás. El particular desea ser alguien; levantarse sobre sí mismo; ingeniarse y zaranearse para su propio bien; tener caballos, por tener caballos; vestirse, por ir vestido; comer, por comer, y gobernar para ser visto. Los hombres quieren ser grandes; lograr posiciones elevadas, y poseer rique-

zas, poderío y gloria. Imaginan que ser grandes es ocupar un lado de la Naturaleza—el lado bueno,—sin ocupar el otro—el malo.

Esta manera de dividir y separar las cosas, está constantemente contrarrestada por los hechos. Porque está bien patente que, hasta el presente, nadie ha triunfado con ella. Las aguas separadas se reúnen por detrás de nuestra mano. Desde el momento en que pretendemos extraerlos de un todo completo, no hay placer en las cosas agradables, ni provecho en las útiles, ni poder en los fuertes. Tan difícil nos es dividir las cosas en dos partes, poseer únicamente su encanto sensual, como poseer lo interior sin lo exterior, ó lograr una luz sin sombra. «Desterrad lo natural y volverá á vosotros á galope.»

La vida está obstruída por condiciones inevitables que los locos quisieran eludir y que algunos pretenden desconocer; pero aun cuando les importa poco, sepan que estas afirmaciones están en sus labios solamente, y que las condiciones de la vida, conózcanla ó no, están en lo interior de su alma. Si ellos las huyen de un lado, ellas les atacan por otro más importante. Y si las han eludido nominalmente, en la apariencia, es porque han hecho resistencia á la vida eludiéndose á sí mismos, y, entonces, la retribución es esta muerte parcial. Es tan evidente, que separar un bien de sus condiciones no es posible; y nadie lo ha intentado nunca, porque solamente intentarlo sería locura, y si alguna vez lo intentamos, es porque una enfermedad de rebelión y de separación ataca nuestra voluntad,

y entonces, se infesta el espíritu instantáneamente, el hombre deja de ver á Dios entero en cada objeto, se hace capaz de ver la seducción sensual de cada cosa y no su peligro sensual, advierte el admirable torso de la sirena, pero no su enroscada cola, y cree que podrá quedarse con lo que ama, dejando lo que no quiere. «¡Oh, y cuán misterioso eres tú, que estás en lo más alto de los cielos, en silencio, único Dios grande, derramando con infatigable Providencia la ceguedad sobre aquellos que se mueven con deseos desordenados!» (1).

Por los símbolos de la fábula, de la historia, de la ley, de los proverbios y de la conversación, llega el alma humana al conocimiento de estos hechos. Así los griegos llamaban Júpiter al Espíritu supremo; pero habiéndole atribuido la tradición acciones viles, se rindieron involuntariamente á la razón, y ataron las manos de un dios tan deplorable.

Está más limitado su albedrío que el de un monarca inglés. Promete conocer un secreto que Júpiter debe adquirir; Minerva otro. No puede reservarse sus propios truenos, porque Minerva tiene las llaves.

«De entre todos los dioses, únicamente yo conozco la llave que cierra las bóvedas donde descansa el trueno.» Es una confesión completa de la obra equilibrada del gran Todo y de su fin moral. La filosofía india conduce á la misma moral, y parece imposible inventar y hacer circular una fábula que no fuese moral. Aurora no pensó en pedir la juventud para su amante, y Titón, aunque inmortal, es viejo. Aquiles no es completamente invulnerable, que las aguas sagradas no tocaron el talón por el cual Titis le tenía cojido. Siegfrid, en los *Nibelungen*, no es del todo inmortal, pues le cayó encima una hoja, y en aquel punto es vulnerable, porque la sangre del dragón no le cubrió enteramente. Así ha de ser. Todas las cosas hechas por Dios tienen un punto flaco. Diríase que, hasta en la poesía salvaje, en que la fantasía humana quiso sacudir y emanciparse las antiguas leyes, aparece á pesar nuestro, esta circunstancia vengadora, este golpe á traición, esta reprobación del arma al descargarse, que viene á certificar la fatalidad de la ley, á certificar que en la Naturaleza no se da nada, y que se compra todo.

EMERSON.

(1) San Agustín, *Confesiones*.



A Froylán Turcios

(EN SU ALBUM)

Tu libro es un templo. Su pórtico es de oro,
que halaga del cielo el azul:
de ideas y rimas él guarda un tesoro,
que esparce á torrentes la luz.

En él consagrada tu gloria ya tienes
del Arte al divino poder.
¡Que no se marchiten jamás en tus sienes
las hojas del verde laurel!

RÓMULO E. DURÓN.

Tegucigalpa, 9 de febrero de 1914.



Ironía fatal !

No conoces mi espíritu No sabes
sus dolores, sus lágrimas, sus hieles.
Es un mundo que encierra entre sus claves
la ironía fatal de sus laureles.

¿Hacia dónde—en su viaje por la vida—
le llevará su trágico sendero?
¿Quién cerrará los bordes de su herida
tornando dulce su destino fiero?

Tan sólo tu mirada bienhechora,
tu cuerpo núbil y tu paso breve
podrá, sin duda, presagiar mi aurora.

Porque es tu gracia, que en mi sér perdura,
algo profundo que por fin se atreve
á vencer á la propia desventura.

ADÁN CANALES.

NOSTALGIA

¡Oh bosques silenciosos y salvajes
en los que armado de la elástica honda,
seguido de mis locos compañeros
penetré audaz, y de la fresca copa
de los árboles hice con mi tiro
caer á las selváticas palomas,
entre aleteos raudos y convulsos
y una explosión de plumas y de hojas!

¡Oh patrio río á cuya márgen húmeda
crecen las ceibas y los lirios brotan,
que ví correr, mientras tendido estaba
sobre el áspero dorso de una roca;
ó que, incansable y sin temor partía
nadando de una orilla hasta la otra,
en tanto que la turba de los niños
gritos lanzaba en la revuelta poza!

¡Inmensos llanos de fragante grama
que un sol canicular tuesta y agosta,
donde pasé, cogiendo florecillas,
dulces instantes de mi infancia loca!
¡Monte florido que á su falda agreste,
atada con las lianas trepadoras,
se alza una cruz, en la que puse un día
ramos de pino y rústicas coronas!

¡Humilde cementerio donde yacen
bajo modestas y olvidadas losas,
muchos que me quisieron en un tiempo
y que olvidó hace tiempo mi memoria:
seres queridos que sin penas duermen
de los árboles viejos á la sombra,
sin que una mano adorne sus sepulcros
que la lluvia y los vientos desmoronan!

Hogar, pequeño hogar de mis abuelos,
donde en modesta y reducida alcoba,
abrí los ojos á la luz del día
y el pulmón á las auras bienhechoras;

donde me espera con amantes brazos
para estrecharme delirante y loca,
la noble madre que me dió la suerte
para consuelo de mi vida toda!

De vosotros boscajes silenciosos,
llanos que el sol canicular agosta,
monte aromado y turbulento río,
yo tengo la nostalgia abrumadora.
¡Quiera Dios que en los brazos de mi madre
muera al fin, y me entierren en la fosa
que abran bajo los pinos hondureños
en las entrañas de una enorme roca!

JUAN RAMÓN MOLINA.



LA PIPA

Ayer he encontrado mi pipa, soñando una larga velada de trabajo, de hermoso trabajo de invierno. Arrojadlos los cigarrillos con todas las alegrías infantiles del verano, en el pasado que iluminan las hojas azules de sol, las muselinas, y he aquí vuelta á coger mi grave pipa por un hombre serio que quiere fumar largo tiempo sin molestarse, con el fin de trabajar mejor; pero no esperaba la sorpresa que me preparaba esta desdeñada; apenas hube sacado de ella la primera bocanada, olvidé mis grandes libros que están por hacer: maravillado, enternecido, respiré el invierno pasado que volvía. No había tocado á la

fiel amiga desde mi vuelta á Francia, y todo Londres, tal como lo viví, por completo para mí, sólo hace un año, se me ha aparecido; primero esas amables nieblas que arropan nuestros cerebros y tienen, allá abajo, un olor suyo, cuando penetran bajo la ventana. Mi tabaco olía á una habitación oscura, con muebles de cuero espolvoreados por el polvo del carbón, sobre los cuales se desperanzaba el flaco gato negro; las grandes chimeneas y la sirvienta con los brazos rojos echando carbón, y el ruido de esos carbones cayendo del cubo de lata á la canastilla de hierro, por la mañana—cuando el cartero daba el doble aldabonazo so-

lemne que me hacía vivir! He vuelto á ver por la ventana esos árboles enfermos del *square* desierto; -- he visto la alta mar, tan á menudo atravesada este invierno, tiritando sobre la cubierta del *steamer*, mojada de bruma y negra de humo, con mi pobre muy amada errante, en traje de viajera, una larga falda gris, color del polvo de los caminos, un abrigo que se pegaba, húmedo, á sus hombros fríos, uno de esos

sombreros de paja sin pluma y casi sin cintas, que las señoras ricas tiran al llegar, tan despedazados están por el aire del mar, y que las pobres muy amadas vuelven á adornar para muchas temporadas aún. En torno á su cuello se arrollaba el terrible pañuelo que agita uno al decirse adiós para siempre.....

STÉPHANE MALLARMÉ.



Experiencia

Voy siguiendo sus pasos y escuchando sus besos; sus gallardas siluetas destacándose van sobre el blanco de ala de gaviota, sobre esos horizontes gris-perla del paisaje otoñal.

Mientras sigan su viaje de amorosa ternura en la costa azotada por los tumbos del mar, yo no siento ni celos, ni dolor, ni amargura, ni tristezas ocultas, ni febril malestar.

Ellos siguen absortos en su sueño enlazado, dando sér á lo efímero de su anhelo ideal; ellos son el Presente, y yo soy el Pasado..... y sé de la Quimera la palabra final.

HENRI DE REGNIER.

La Biblioteca

Como un añoso bosque era el recinto quieto:
trece lámparas féreas, oblongas y espectrales,
lanzaban noche y día sus luces sepulcrales
sobre los viejos libros henchidos de secreto.

Al penetrar sentíame tembloroso é inquieto:
me soñaba entre brumas y estertores mortales:
tendíanme sus brazos trece blancos sitiales,
trece grandes retratos me lanzaban su reto.

Una noche, á las doce, desde la alta ventana,
veía el bailoteo, en la sombra lejana,
del fugitivo duende que en el foso se agita,
cuando turbóse mi ánima y mis miembros temblaron:
trece campanillazos del péndulo sonaron
en el silencio horrible de la sala maldita.

MAURICE ROLLINAT.



Hadas bajo los rizados

Hadas, bajo los rizados de vuestras cabelleras,
mientras dormí, lanzásteis una dulce canción,
bajo los luengos rizados de vuestras cabelleras,
en el bosque encantado del sueño y la ilusión.

En el bosque encantado, de ritos prodigiosos,
¡oh, gnomos compasivos, mientras soñaba yo,
con vuestras propias manos me disteis generosos,
gentil cetro de oro, mientras soñaba yo!

Canciones en el bosque, gentil cetro de oro,
ya sé que sólo fuisteis engaño é ilusión;
mas soy cual niño crédulo, y por el bosque lloro
donde escuché entre sueños el cántico sonoro . . .
¡qué importa que ya sepa que todo es ilusión!

JEAN MOREAS.

Versos autobiográficos

I

¿Versos autobiográficos? Allí están mis canciones, allí están mis poemas. Yo, como las naciones venturosas, y á ejemplo de la mujer honrada, no tengo historia. ¡Nunca me ha sucedido nada, oh, noble amigo ignoto, que pudiera contarte!

Allá en mis años mozos adiviné del arte l'armonía y el ritmo, caros al Musageta, y, pudiendo ser rico, preferí ser poeta.

—¿Y después?

--He sufrido como todos, y he amado....

—¿Mucho?

—¡Lo suficiente para ser perdonado!

II

¿Qué quién soy? Un lobezno de la nodriza bruta de los Dioscuros; mi almo perfil y los anales de mi solar lo cuentan, y hay en mi faz enjuta las palideces de los olivos provenzales.

Nací con un gran beso de amor entre la ardiente boca, y un grande anhelo de gloria en l'alma esclava, y llevo diez leyendas en mi brumosa frente, con otras diez leyendas en mi melena brava.

III

¿Qué cómo soy? Mudable, fugaz. Las nubes rojas del orto, más que mi alma, conservan su vestido. Yo tengo la impaciencia perenne de las hojas, mi amor inseparable gemelo es de mi olvido.

Mi mente es un espejo rebelde á toda huella, mi anhelo es una pluma funámbula, donaire del viento. El aerolito que cae, esa es mi estrella. Mis goces y mis penas son trazos en el aire.

El ansia del misterio me agita y desespera, jinete en mis pegazos ó nauta en mi galera corriendo voy tras todo señuelo que lo finge. Mi hermana la cigüeña me ha visto donde quiera que el rojo sol proyecta la mitra de la esfinge.

Amo unos ojos, mientras que su matiz ignoro,
amo una boca, mientras no escucho sus acentos.
Jamás pregunto el nombre de la mujer que adoro,
del César por quien lucho, del dios á quien imploro,
del puerto á donde bogo, ni el rumbo de los vientos!

Criatura fugitiva que cruza el mundo vano,
temiendo que la alforja sus éxodos impida,
ni traje amor ni llevo, y así voy al arcano,
lanzando, con un gesto de sembrador, el grano
fecundo de mis versos al surco de la vida.

AMADO NERVO.



RAPIDA

Los chinos conocen la hora en las pupilas de los gatos.

Cierto día un misionero, paseándose por los alrededores de Nankín, se aperció de que había olvidado su reloj, y le preguntó á un muchacho qué hora era.

El granujilla del Celeste Imperio dudó algunos momentos; luego, reponiéndose, contestó:—«Voy á decírselo.»—Poco después reapareció trayendo entre sus brazos un hermoso gato, y así que le hubo examinado, como vulgarmente se dice, el blanco de los ojos, exclamó sin vacilar: «Falta muy poco para las doce.» Lo cual era cierto.

En cuanto á mí, si me acerco á la hermosa felina, honra de su sexo, orgullo de mi corazón y perfume de mi espíritu; sea de noche ó de día, en plena luz ó en la sombra opaca,

siempre veo en el fondo de sus ojos adorables la misma hora: una hora grande, solemne, inmensa como el espacio, sin divisiones de minutos ni de segundos Una hora inmóvil, que ningún reloj puede marcar, y ligera, no obstante, como un suspiro, y rápida como un pestañeo

Y si algún importuno viniese á molestarte mientras mis miradas se recrean en ese delicioso cuadrante, si algún genio intolerante y maligno, ó cualquiera demonio enemigo del tiempo me dijese:—«¿Qué escudriñas ahí con tanto cuidado? ¿Qué buscas en los ojos de ese sér? ¿Ves, acaso, la hora, mortal pródigo y embustero?» Yo respondería sin vacilar:—«Sí, veo la hora: es la Eternidad»

CARLOS BAUDELAIRE.

Visión de pesadilla

Saltó el tigre sobre el lomo del caballo, de repente;
y el caballo rasgó el aire con un trémulo piafido,
retembló nerviosamente,
arrancó de un golpe el lazo y escapó despavorido.

Fué un fantástico galope por la selva. Fué la extraña
visión de una pavorosa pesadilla . . .
Sobre el luto de la noche que envolvía la montaña,
una roja medialuna levantaba su cuchilla.

Extendida largamente la cabeza,
desenvuelta por los aires la espesura de la cola,
el corcel corría, lleno de una trágica grandeza,
á galope, por en medio de la selva muda y sola.

Y corría . . . y corría siempre como
una sombra galopante; y en la vasta noche oscura,
iba el tigre sobre el lomo,
recortando la silueta de su elástica figura.

Se dijera que hasta el viento
puso, ante ese desbocado sufrimiento,
un suspiro en cada cueva y en cada árbol un lamento;
y el caballo, por la fiebre poseído,
arrastraba, en la carrera de su fuga sin sentido,
un estrépito en los cascos y en las crines un silbido . . .

Pero, al fin, cayó rendido;
y un rugido, un gran rugido
de alborozo envuelto en saña
llenó, entonces, el espanto de esa larga pesadilla . . .
Sobre el luto de la noche que envolvía la montaña,
una roja medialuna levantaba su cuchilla.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Ateneo de Honduras

REVISTA MENSUAL

Administrador: Lic. FELIX SALGADO

CONDICIONES:

Suscripción, al mes.....	\$ 0.50
Número suelto del día.....	0.60
Número atrasado.....	0.80

SUMARIO DEL NUMERO II

- I.—*Discurso* de LUIS ANDRÉS ZÚÑIGA
- II.—*Pensado en México*, por RAFAEL HELIODORO VALLE.
- III.—*Desolación.—Ironía fatal*, por ADÁN CANALES.
- IV.—*Ramón Rosa*, por GONZALO SEQUEIROS.
- V.—*La novela*, por ANGEL DE BARBOSA.
- VI.—*Los últimos libros y revistas*, por ARGOS.
- VII.—*Noche romántica*, por ALFONSO GUILLÉN ZELAYA.
- VIII.—*El hombre y el mundo*, por EMERSON.
- IX.—*A Froylán Turcios*, por RÓMULO E. DURÓN.
- X.—*Nostalgia*, por JUAN RAMÓN MOLINA.
- XI.—*La pipa*, por STÉPHANE MALLARMÉ.
- XII.—*Experiencia*, por HENRI DE REGNIER.
- XIII.—*La biblioteca*, por MAURICE ROLLINAT.
- XIV.—*Hadas bajo los rizados*, por JEAN MOREAS.
- XV.—*Versos autobiográficos*, por AMADO NERVO.
- XVI.—*Rápida*, por CARLOS BAUDELAIRE.
- XVII.—*Visión de pesadilla*, por JOSÉ SANTOS CHOCANO.